

Sentido del Deporte

Altars del Fanatismo

He aquí el primero de una serie de tres breves trabajos de crítica que nuestro compañero J. V. A. dedica a los deportes. Sin que sus puntos de vista sean compartidos o combatidos por la Redacción de Ancora, hemos creído oportuno incluirlos en nuestras páginas por representar un enfoque intelectual y crítico de positivo interés.

En años más mozos, heríame el viento mañanero, casi desnudo yo, corriendo por cierto estadio provinciano. No batía marca alguna, pero no me avergonzaba del esfuerzo, ni éste me parecía baldío. Corría por correr, por practicar el deporte, tan sano del atletismo. Igual hubiera podido darme por el fútbol, o por la natación.

Ahora hablo con muchachos que tienen mi misma edad de entonces, y les pregunto por sus aficiones deportivas: el fútbol ocupa un lugar preferente, lo que no tiene nada de extraño, habida cuenta de los posibles de los clubs, que permiten manejar toda una miriada de periodistas, y tras de ellos, millones de aficionados espectadores. Alguno de los muchachitos declara sin rebozo que su ilusión de ser futbolista nació con la actuación de Fulano, gran estrella del Club decano, o con Mengano, del que se dice que cobró tantos miles de duros por un traspaso. Y siempre aparecen por un lado u otro, los miles de duros.

Si ello fuera acompañado de un positivo interés por el juego en sí, por el concepto deportivo del asunto, la cosa parecería de perlas. Aun a trueque que de dar con un juego de palabras, lo importante en deporte es el interés por el desinterés. «El juego es lo que impor-

ta», dice el proverbio inglés: sea, no hay que ir a ganar sea como fuere, sino a ganar, si se puede, y a perder con elegancia, poniendo por encima de todo el valor del deporte en sí, en lo que tiene de contienda noble, empeñada pero franca, a cuya contribución se han puesto las mejores dotes físicas y psíquicas del individuo.

Da grima, e infunde cierto temor, contemplar y escuchar la estúpida literatura y jerigonza que se ha formado en torno a este espectáculo de gladiadores que va resultándonos el fútbol en nuestro país: toda conversación gira en torno a la solapada brusquedad del adversario que nos tocó en suerte el domingo último, a la altísima traición perpetrada por el árbitro, o a los inconfesables propósitos de la Directiva del propio club, cuyos tortuosos manejos, alimentados por una ambición censurable, son comentados sin conocimiento de causa, y a veces por el gusto de levantar un falso testimonio.

Todo ello envenena al público. Norabuena si éste acude al fútbol: mejor sería que lo practicase, pero, al menos, si es espectador, que lo sea con un mínimo de conocimientos y de corrección. Que el público, a su vez, practique el sano deporte de conceder beligerancia al enemigo, y no se encierre en tablas, a la querencia de una fútil y desmantelada ilusión de superioridad a ultranza.

Pero no creemos que haya remedio. La cosa se ha puesto tan fea que se nos antoja un profundo círculo vicioso. Todo el mundo charla, charla, con fanatismo, sin fundamento, por pura chachara, por puro deleite superficial, y envenena

CARMEN G. PEREZ-NEU.

la pintora de los Celtas

La conocí, hace ya dos primaveras, en Madrid, cuando expuso su fantástica colección de pinturas sobre los celtas en el Círculo Medina. Recuerdo que entonces escribí en un popular rotativo madrileño de la tarde: «Para mí, lega en la materia, los cuadros de Carmen Gómez Pérez-Neu tienen un triple valor: el aunar a una buena técnica de realización pictórica un documento histórico de positivo valor, al presentarnos con la mayor fidelidad posible, un mundo casi desconocido; todo ello narrado en un lenguaje actual y exquisito que nos entra por los ojos y por el corazón». Hoy, pasados dos años, al volver a contemplar la «Colección Celta» sigo pensando lo mismo.

Como dije al principio, nos conocimos en Madrid. Un amigo común nos presentó en la misma exposición. Charlamos brevemente, pues los deberes sociales de la Señora Pérez-Neu se multiplicaban, pero simpatizamos en el acto.

la cosa, provoca al disconforme, le ocosa, en un afán de contienda que es lo más semejante a una guerra civil, a la inutilidad de la intransigencia en ebullición.

Yo no tengo, pobre de mí, solución para esto ni para nada: pero me parece que se podría ir a los campos de fútbol a ver jugar, simplemente, a eso tan sencillo y tan hermoso que es presenciar una contienda donde debe ganar el mejor, y no el peor (y a veces a puñetazos). Déjense en buena hora los puñetazos para el boxeo, que es donde deben darse. En el campo de fútbol haya patadas... pero al balón. En fin, la cosa es tan sencilla que me parece que pocas personas la van a comprender; para eso hemos inaugurado un nuevo año: para seguir sin comprender, sin amar.

J. V. A.

Con ese dulce encanto que parece patrimonio exclusivo de las mujeres gallegas, la ilustre pintora me invitaba a visitarle en su casa de Ribadavia. La idea, aunque excelente, no me parecía realizable; por ello hoy, cuando subía los escalones del porche de esta casona señorial, me parecía estar soñando. También a Carmen Gómez Pérez-Neu le ha ocurrido algo por el estilo. Pero lo cierto es que estamos juntas en el amplio salón charlando, riendo, bromeando, como si de antiguas amigas se tratase. Carmen parece haber olvidado su personalidad artística, para ser sólo la gran señora de su casa; pero yo, aún a sabiendas de causarle un disgusto, he de recordarle que mi visita a Ribadavia tiene un único y primordial motivo: entrevistar para nuestra página a una de las más ilustres pintoras actuales. Y, como ya es media tarde y el tiempo apremia, enfoco abiertamente nuestra conversación por el terreno periodístico.

—Dígame, Carmina — inquiero — ¿Cuándo empezó usted a pintar?

— Pues hace muchísimo tiempo. Una de las alegrías más grandes de mi vida — continua mi interlocutora — la expiré una mañana de Reyes, al ver en mis zapatitos un equipo completo de pintar, con su caballete y todo. Desde luego a los siete años ya hacía unos «macacos» preciosos, que publicaba en «Blanco y Negro» en la sección infantil que dirigía Roenueces. Y era el terror de la oficina de papá...

—¿Por qué?

—¡Ah! Porque el día que aparecía por allí no respetaba libro mayor, ni diario ni papel, por interesante que fuera, en el cual no estampase mis dibujos.

—¿Y su carrera en serio?

— Pues mis padres no diré que fomentaron mi vocación, pero nunca la contrariaron.